

EDUCACION PINTORESCA.

PERIÓDICO

PARA NIÑOS.



Núm. 10.

ADMINISTRACION:

Calle de las HUERTAS, núm. 42.

MADRID.—1857.

SUMARIO. *Los Cinco Sentidos*, por J. P.—*Los Huevos de Pascua* (continuacion), por J. G. B.—*La Paciencia*.—*Plutarco de los Niños*, por don Modesto Infante.

Lámina que acompaña á este número: *La Vista*.



EDUCACION PINTORESCA.

PERIÓDICO PARA NIÑOS.

LOS CINCO SENTIDOS.



UANDO Dios despues de haber creado el Universo hizo al hombre á su imágen y semejanza, cuán dulces y agradables no debieron ser las primeras impresiones de Adan en el Paraíso!

La naturaleza le rodeaba por todas partes con sus mas espléndidas galas.

El brillo de las flores de mil colores: la armonia de las formas y de las variadas tintas de las hojas: la inmensa alfombra verde que cubria los campos, en donde pacian tantos y tan diferentes animales: la espesura misteriosa de los bosques donde revoloteaban aves del mas brillante plumaje: la limpidez de las aguas donde nadaban millares de peces de nacarada escama: tantas cosas y tan maravillosas cuánto no sorprenderian á nuestro primer padre!

Salir de la nada y contemplar de improviso tantas maravillas,—descubrir despues á una inmensa distancia ese foco deslumbrador de luz, que llamamos sol,—y luego admirar el mágico

espectáculo de la noche, iluminado por la argentada luz de la luna, bajo la azulada bóveda del firmamento, tachonada de estrellas!

Y lo que es mas, hijos mios, hallar á su lado, en medio de la creacion, una amable compañera con quien compartir tanta felicidad!

Tan gratas sensaciones, tan puros goces habia Dios reservado al hombre por el solo sentido de la Vista.

Pero no era este el único dón de la munificencia divina.

El agua marmuraba corriendo entre las piedras: los pájaros gorjeaban en los árboles con variada armonia: el cordero balaba en la pradera: el viento marmuraba en el bosque; el primer hombre y la primera mujer oyeron, en fin, la voz el uno del otro que reciprocamente llegaba á sus corazones, llenándolos de dulce júbilo, y advirtieron entonces que Dios les habia dado un segundo sentido: el Oído.

Llevando la mano á cuanto les rodeaba, la curiosidad de Adan y Eva descubrió nuevas sorpresas. Conocieron que sin el auxilio de la vista podian apreciar la forma de los objetos, la naturaleza quebrada ó lisa de su superficie, su consistencia, y hasta su tem-

ple. Advirtieron que la naranja era redonda, la hoja llana, el agua fresca, la nuez dura, sedosa la pluma de las aves, y suave el musgo de los prados. Cuánta variedad de conocimientos y de sensaciones! Y cuando asiéndose de las manos sintieron su dulce presión que vino á satisfacer aquella necesidad de cariño, innata en el corazón humano. Cuántas gracias no debieron rendir al Criador por haberles dado el sentido del *Tacto!*

Luego instintivamente llevaron á sus labios la sabrosa banana, la aromática fresa, la purpúrea guinda, y todos los dorados frutos que los árboles les ofrecían, y conocieron los goces que proporciona el *Gusto*.

Al mismo tiempo notaban ya un quinto sentido, porque los agradables perfumes de la fruta que saboreaban, y el suave aroma de las flores que servían de adorno á las plantas, les producían una sensación agradable. Y era que había llegado su vez al *Olfato* de encantar con su deliciosa embriaguez á nuestros primeros padres.

Así, hijos míos, la *vista*, el *oído*, el *tacto*, el *gusto* y el *olfato*, son los que llamamos los *Cinco Sentidos*, por ser las cinco impresiones que desde el principio del mundo dispuso Dios que recibiese el hombre de los objetos que le rodean. Consideremos, pues, á los sentidos como otros tantos medios de comunicarnos con todo lo que existe en nuestro al rededor, y que la mano del

Criador nos ha dado con su infinita bondad y sabiduría, para satisfacer las necesidades de nuestra existencia y nuestros mas dulces placeres.

También los animales han sido dotados de estas facultades en el círculo de sus necesidades. En cada especie domina el sentido que según su naturaleza le es mas útil, desarrollado á veces con sagaz instinto de una manera que nos asombra.

De todos ellos nos ocuparemos, hijos míos, dando principio hoy por la *Vista*, cuya lámina vamos á examinar.

LA VISTA.



¡Fijais la atención, queridos niños, en la linda lámina que acompaña á esta entrega, os vendrá á la imaginación naturalmente el mas precioso de nuestros sentidos: la *vista*, cuyo órgano son los ojos. Observad, hijos míos, de paso, que Dios en su infinita sabiduría nos ha dotado de dobles órganos en los sentidos mas importantes, para precaver los efectos de algun accidente que pudiera sobrevenirnos: así es que tenemos dos ojos, dos oídos, dos manos.

Notad también que cuidado ha puesto la naturaleza en la conformación del

ojo. Colocado en el fondo de una inmensa cavidad que lo resguarda, está cubierto de un párpado movable, cuya cortina de suaves pestañas, al mismo tiempo que templá la demasiada fuerza de la luz, le preserva del polvo y de los insectos, que con su contacto podrían dañar á un órgano tan delicado.

La vista, como dice Platon, es un sentido del alma: por él podemos leer en la fisonomía de nuestros semejantes sus mas ocultos pensamientos: por una mirada podemos comprender sentimientos que no sabrian espresarse con la palabra, porque los ojos son el lenguaje del corazon.

Contemplad sino en nuestra lámina á esa madre que está sentada con un niño en los brazos: con qué dulzura espía la primera mirada de su hijo!

Por el contrario, cuán desgraciado es el que carece de la vista: no puede ni aun bastarse á sí mismo, necesita de un conductor. Compadezcamos, pues, al que, como el ciego de nuestra lámina, tiene que ir guiado por su perro.

La importancia de la vista es tanta, que las artes y la industria se han ocupado hace siglos no solo de remediar los defectos de su organizacion, sino tambien de aumentar su alcance por medio de instrumentos ópticos. Observad á la señora que lee con anteojos, y al niño que, subido sobre una peña, se divierte en mirar con el telescopio las montañas mas distantes, la marina ó el telégrafo.

La invencion de los anteojos data del siglo XIII, y se atribuye á Bacon, célebre matemático inglés: la de los de larga vista se debe á Galileo, despues la perfeccionaron Kepler, Newton y el óptico Dollond: la del telescopio se atribuye al holandés Jansen, en 1590: por último, la del microscopio es del año de 1650.

Debeis saber, queridos niños, que el telescopio es un antejo de larga vista, de mayor alcance, por la disposicion especial de sus vidrios: su invencion ha sido de mucha utilidad en la astronomía. El microscopio nos hace perceptibles una infinidad de objetos que por su pequeñez se escapaban de nuestra vista: ha prestado infinitos servicios á las ciencias naturales para la observacion de las plantas y los insectos.

Hay algunos animales en quienes este sentido está mas desarrollado que en el hombre, uno de ellos es el lince; entre los antiguos el águila era mirada como el símbolo de la vista. El Condor, ave que se cria en las montañas de los Andes, en América, descubre su presa á una elevacion de 8000 metros sobre la tierra.

La vista sirve al hombre para velar por su conservacion, pudiendo advertir de lejos los riesgos que le amenazan: contribuye tambien á desarrollar nuestra inteligencia con los infinitos conocimientos que adquirimos por ella, con las observaciones que nos presenta, y con el estudio de buenos libros que

nos permite hacer. La vista es el primer auxiliar del trabajo, y el trabajo es la misión del hombre, al mismo tiempo que el origen de su bienestar y de sus placeres sobre la tierra.

Bendigamos, hijos míos, al Creador de tantas maravillas: adoremos su omnipotencia, que solo desconocen los insensatos, porque como dice el Salmista: *¿Será ciego el que hizo los ojos?*

J. P.

LOS HUEVOS DE PASCUA.

(CONTINUACION.)



LEGÓ por fin la Pascua, iluminada por un sol radiante; dó quiera se aspiraba un suave y embalsamado ambiente, los campos ostentaban pintadas florecillas, y parecía que todo en el valle había vuelto á la vida.

Apenas la aurora se anunció con sus rosadas tintas, la dama y su fiel criado se encaminaron por un estrecho sendero á una pequeña ermita situada á alguna distancia del valle. Los demás vecinos, que por su edad y quehaceres estaban en disposición de emprender tan largo paseo, los acompañaron piadosamente.

Cuando todos estuvieron de vuelta,

los niños que se habían visto obligados á permanecer en sus casas, y estaban invitados para reunirse en casa de la noble extranjera, acudieron con la mayor alegría. Se les condujo al jardín, el que no en vano había cuidado Bruno durante un año, donde les aguardaba una gran mesa ricamente cubierta. Eduardo y Blanca se colocaron entre los demás niños, y era un tierno espectáculo ver tantas cabecitas blondas y negras, tantas risueñas fisonomías, que en vano procuraban disimular la curiosidad de que estaban poseídos.

—No es mas bella una guirnalda de rosas y azucenas, pensó la dama.

Ella misma principió ante todo á explicarles con voz grave y digna, porque la Pascua es una de las fiestas principales que celebra la Iglesia. Cuando terminó su esplicación sirvieron una gran fuente de natillas, que conforme la señora les dijo, estaban hechas de huevos y leche: á cada niño le hizo plato, y ellos no cesaban de decir que en su vida habían comido cosa mejor. Situado al extremo del jardín, estaba un bosquecillo, rico de plantas y arbustos, al que daban sombra las copas de los árboles que en él se agrupaban, y bajo los cuales había algunos asientos de roble. A este pintoresco sitio condujo á todos los niños la señora, y les encargó que cogiesen por allí el musgo suficiente, y cada uno formase un nido, señalándole de alguna manera, para poder reconocer después cada uno el suyo. Los niños cum-

plieron esta estraña órden con la mayor alegría, y los nidos fueron esparcidos sin órden por el bosquecillo.

De nuevo llevó entonces la señora á sus pequeños convidados á la mesa, donde ya los esperaba una gran torta hecha de huevos y harina, la que fué distribuida entre los niños, siendo inútil decir, que éstos la hicieron tan bien los honores, que no dejaron ni una migaja. En tanto que esto pasaba en la mesa, Marta se encaminó al bosquecillo con un cesto lleno de huevos de colores, y los fué distribuyendo en los nidos. Cuando los niños concluyeron de comer, la señora les dijo:

—Vaya, vamos á ver si los nidos tienen algo que ofreceros.

Todos acudieron en tropel, y ¡qué sorpresa la suya! Cada nido contenia cinco huevos del mismo color, y lo que era mas raro aun, uno de aquellos huevos tenia un lema. ¡Qué extremo de alegría experimentaron todos!

—¡Huevos encarnados, decia uno, qué hermosos!

—Y en mi nido azules, azules como el cielo! replicó otro.

—¡Y en este amarillos!

—¡Mas bonitos son estos, decian otros, tienen todos los colores!

—Yo querria ver las gallinas que ponen unos huevos tan hermosos, decian algunos.

—Ah, ya sé, dijo la hermana menor de Marta, no son gallinas las que han puesto estos huevos, los ha puesto una

liebre que estaba allí oculta cuando fui á coger el musgo, y que huyó al acercarme á ella.

Al oirla, todos los niños prorumpieron en una risa general, y exclamaban:

—La liebre! qué tonta, la liebre poner huevos de color.

—Qué encantadora alegría! exclamaba la dama para sí, conmovida con aquella sencilla escena. ¿Quién no querria procurarles semejante placer? ¿Quién no querria gozarse en su felicidad, en esa inocente dicha que se refleja en sus semblantes, y que muestra la candidez de sus almas puras?

Aunque la alegría de los niños parecia haber llegado á su colmo, todavía la amable señora se reservaba hacerla subir á mas alto grado. Cada niño hubiera querido tener huevos de todos colores, y participar de este ó el otro que tenían los de su compañero: la dama comprendiendo este deseo, les dijo que trocarán los huevos unos con otros, reservándose tan sólo aquel que tuviese algo escrito.

—De esta manera, les dijo, os acostumbrareis á socorreros mutuamente, y aprendereis como debéis obrar en todos los actos de vuestra vida. Dios reparte sobre los mortales sus beneficios, y es tanta su bondad, que permite que el cambiárselos ellos entre sí, que darlos y recibirlos unos de otros, forme parte de su felicidad. Amáos y socorredos, hijos míos, tal es la sencilla expresion de la ley de Dios.

Eduardo en aquel momento leyó la máxima del huevo que tenía en la mano, lo que causó no poca sorpresa al niño que estaba á su lado, porque en aquellos tiempos, en que la enseñanza estaba tan atrasada, los habitantes del valle no tenían idea de la lectura. El niño entonces quiso saber lo que decia el suyo, y la señora le dijo:

—Oh! una máxima muy bonita, escucha:

El trabajo y la oracion
dan la paz al corazon.

En seguida les preguntó si no tenían costumbre de dar gracias á Dios por los beneficios que recibían, lo que les recordó que se habían olvidado de dárselas por la comida y el hermoso regalo que la señora acababa de darles. En el acto se arrodillaron todos y dirigieron á Dios una oracion en accion de gracias.

Después todos los niños quisieron saber lo que tenían escritos los huevos, y se agruparon en derredor de la dama alzando sus manos para que pudiese leer con mas facilidad.

—Hacedme el favor de leer éste.

—No, antes el mio.

—No, no, este primero.

La señora los colocó á todos formando un círculo, y les fué leyendo los lemas que eran morales y de fácil comprension. Hélos aquí:

Ama á Dios omnipotente,
y sírvele reverente.

No jures el nombre en vano
de Dios santo y soberano.

Quien las fiestas santifica
sus méritos multiplica.

Si á tus padres honra das
largo tiempo vivirás.

Nunca hagas daño á tu amigo,
y perdona á tu enemigo.

Guarda siempre castidad,
que es virtud la honestidad.

No robes á tu vecino
el bien que de Dios le vino.

Veraz siempre el niño sea,
que el mentir es cosa fea.

Del que á Dios con fervor ruega
á su trono la voz llega.

Un alma piadosa y pura
es manantial de ventura.

A tu padre obedecer
es tu principal deber.

Nunca, hijo, del bien te apartes,
que Dios te vé en todas partes.

Un alma buena y sencilla
radiante como el sol brilla.

El que una vez ha mentado.
no volverá á ser creído.

La envidia es un cruel veneno
que emponzoñará tu seno.

La avaricia fea y doble
indigna es de un alma noble.

Obra bien, y por dó quiera
gratitud y amor te espera.

La miseria solamente
encontrará el indolente.

Nos hace el oro brillar ;
la virtud nos hace amar.

La paciencia presta al alma
fortaleza y dulce calma.

Un tranquilo corazón
vale mas que un rico dón.

Si el odio siembras no mas
desdichas recogerás.

A quien es justo en el suelo ,
le aguarda un sitio en el cielo.

Cada niño tuvo cuidado de retener su
sentencia, y cuando la señora, por pro-
bar su memoria, se las fué preguntan-
do, ni siquiera uno la habia olvidado.
Jamás habian aprendido cosas tan bellas
y útiles como en esta sencilla diver-
sion.

Cuando sus padres, despues de con-
cluir sus quehaceres, se dirijieron á ca-
sa de la extranjera á recoger sus hijos,
no pudieron menos de preguntarles la
causa de su estraña alegría, y ellos les

enteraron de todo lo ocurrido, asom-
brándose todos del provechoso partido
que aquella virtuosa señora habia saca-
do de una fiesta tan sencilla.

Los recién venidos fueron tambien
obsequiados con tortas, que se habian
reservado para ellos.

—Yo os ruego, les dijo la dama,
que hagais conservar á los niños esos
huevos que les he dado, como un re-
cuerdo mio, y que ademas les hagais
observar lo que ellos les prescriben.

—Oh ! señora, contestaron todos con
voz conmovida, siempre los conserva-
remos como el mayor de vuestros bene-
ficios, y nuestros hijos en el transcur-
so de su vida bendecirán mas de una vez
á quien les dió tan bellas máximas.

Cuando un niño era indócil, cuando
se negaba á obedecer á su padre, éste
le repetia con voz pausada esta senten-
cia :

A tu padre obedecer....

Y el niño bajando los ojos respondia:

Es tu principal deber.

Si otro, aunque fuese en cosas de po-
co valor, su madre le cogia en una men-
tira le recordaba esta otra :

El que una vez ha mentado...

Y el niño confuso y averganzado con-
testaba :

No volverá á ser creído.

Surtiendo todos los otros lemas igua-
les efectos.

Los niños durante mucho tiempo re-

pitieron que el día de la fiesta era el mejor que habían pasado en su vida. Un día la señora les dijo :

—Sed buenos, amigos míos, sumisos y aplicados, y todos los años en semejante día os prometo daros una fiesta igual; pero ante todo quiero advertiros que el niño que no sea dócil y bueno no será admitido en la reunión.

Desde aquel día todos los niños del valle procuraron sobresalir por sus buenas cualidades.

V.

Un huevo mas precioso que si fuese de oro.

En algun instante, y contemplando la fiesta que acaba de tener lugar, había notado la dama un personaje desconocido. Era un joven de unos quince á diez y seis años, pobremente vestido, y cuya espresion de infinita tristeza inspiraba un vivo interés: su rostro pálido estaba rodeado de largos cabellos rubios, su mano derecha se apoyaba en un grueso baston de viaje, y parecia sumamente fatigado.

Cuando todo el mundo se retiró, la dama se acercó á él y le preguntó cuál podia ser el motivo de su pesar.

—Ah, señora! murmuró el joven queriendo en vano contener sus lágrimas: he perdido á mi padre hace pocos días, era marino, y su humilde arte le daba lo suficiente para atender á las necesidades de su familia: su muerte nos

ha dejado en el mayor desconsuelo y en la mas horrible miseria. Yo me he separado de mi afligida madre, que no tiene con que atender al sustento de sus otros dos hijos, ámbos mas jóvenes que yo, y me dirijo á casa de mi tío, que vive aun bien lejos de estos lugares, á enterarle de la fatal nueva y á suplicarle me enseñe el mismo oficio de mi padre, que él ejerce tambien, con la esperanza de poder ser útil un día á mi madre y á mis hermanos.

La noble extranjera escuchó con profunda emocion aquella triste historia, y cuando la hubo terminado, dió al desgraciado joven el alimento que reclamaban sus aniquiladas fuerzas, y algunas monedas que pudiese mandar á su madre. Blanca y Eduardo, interesados tambien por aquel joven, quisieron hacerle algun regalo, y pensaron en los huevos que acababan de recibir.

—Ten, dijo Blanca, ten este huevo azul y dásele á tu hermanita de mi parte.

—Toma, dijo Eduardo, este otro para tu hermano, y dile que se venga con nosotros, que le querremos mucho.

La dama sonriéndose del candor de los niños, tomó á su vez un huevo y dijo:

—Haz lo posible por mandar á tu madre este huevo: la maxima que lleva impresa es el mejor regalo que puedo hacerle.

Del que á Dios con fervor ruega
á su trono la voz llega.

Que se persuada de esta verdad, que no la olvide, y estoy segura de que le habré hecho el mas estimable de los presentes.

El jóven le dió las gracias con efusion, y aquella noche por mediacion de la noble señora, la pasó en compañía del molinero, hasta que la mañana principió á iluminar las humildes chozas, y con los primeros rayos del sol emprendió de nuevo su camino, con provisiones de pan y queso, que debía á la compasion del molinero.

Federico, que este era el nombre del jóven, viajaba con cuanta precipitacion podia, trepando por los vericuetos de aquel montañoso pais, y caminando á orillas de espantosos abismos. Conforme habia pretendido, á la caída de la tarde se encontraba ya á muy pocas leguas de la morada de su tío.

Siguiendo su camino junto á un profundo precipicio, y mirando inadvertidamente á su fondo, vió en él un gallardo caballo ricamente enjaezado: la mantilla era de terciopelo escarlata, y brillaba la rienda como si fuese de hilos de oro. En cuanto el caballo le aperció principió á relinchar con alegría, como si quisiera llamarle en su socorro.

—Dios mio! exclamó Federico, cómo se halla ese hermoso animal en el fondo de ese precipicio? Indudablemente el jinete habrá caído con su caballo á esa horrible sima. ¿Y cómo saberlo? cómo separarme de estos sitios sin saber si algun infeliz necesita de mi auxilio? Valor! quiero á todo trance saber lo que esto significa.

Y el pobre jóven corrió de un lado

para otro buscando un sitio á propósito para descender al fondo de la sima: halló por fin el cauce de un torrente, que por fortuna estaba seco, y pudo verificar su deseo deslizándose con trabajo.

(Se continuará.)

J. G. B.

LA PACIENCIA.



LGUNOS niños conocemos nosotros que se impacientan cuando se les contraria ó no se les deja salir con sus gustos. Unos lloran, otros patean, otros hacen pucheros; esto último es lo peor.

Por muy lindos que sean estos niños ponen en tales momentos una cara muy fea, aun á los ojos de sus mamás, y eso que nada hay tan indulgente y tierno como la mirada de una madre.

¿Y qué deberemos hacer mis jóvenes lectores, para vencer esta mala costumbre?

Lo mejor es habituarse desde la primera edad á sufrir los contratiempos. Convenimos en que á los principios es penoso, pero poco á poco nos vamos acostumbando, y por fin se llega á adquirir aquella preciosa cualidad que tanto estimamos en los demás; la *paciencia*.

A este propósito os vamos á contar,

queridos niños, una historieta que no dejará de interesarlos.

Hace algunos años vivía en Madrid un escritor, bastante conocido, que se llamaba Agapito. Tenía fama de muy buen genio y de no enfadarse nunca. Como siempre juzgamos á los demás por nosotros mismos, sus amigos no lo creían, y determinaron poner á prueba su paciencia.

Agapito era soltero, y vivía solo con una criada anciana, que le cuidaba hacia treinta años. Gertrudis, que así se llamaba, era buena cocinera, y muy esmerada en todos los quehaceres domésticos. Su amo, continuamente ocupado en sus estudios, le había confiado completamente el gobierno de la casa.

Cierta día los amigos de Agapito vinieron á verla y la preguntaron:

—Es cierto que tu amo no se enfada nunca?

—Jamás, contestó ella. Mi señor toma el tiempo conforme viene, y los hombres conforme son: con todo se aviene.

—Y bien, Gertrudis, le dijo uno, hemos hecho una apuesta, y si quieres ayudarnos el que gane te hará un regalo.

—Veamos, señores, de qué se trata, repuso la vieja.

—Queremos ver hasta dónde llega su sufrimiento. Como le hagás perder la paciencia cuenta con una buena propina.

—A Gertrudis le pareció algo estragante el capricho de aquellos señores, pero seducida por sus promesas puso manos á la obra desde aquel mismo día. Agapito al sentarse á la mesa halló la

sopa salada, el frito socarrado, y así lo demás. Nuestro filósofo algo admirado de aquel descuido tan poco común, miró sonriéndose á la criada, y se fué tranquilamente á acostar.

—Bah! decían sus amigos: esta imposibilidad no durará mucho tiempo: aguardemos.

De todos los goces materiales de la vida el que mas estimaba Agapito era una buena cama. Gertrudis lo sabía, y viendo que nada le había dicho por su descuido del día anterior, pensando impacientarle, no hizo la cama.

Nuestro sábio se durmió, como de costumbre, y le dijo sencillamente al levantarse,

—Gertrudis, anoche te olvidaste de hacer mi cama.

Esta le contestó con malas razones, y no se habló mas.

Al día siguiente sucedió lo mismo, y nuestro hombre no se dió tampoco por entendido.

Al tercer día se repitió la misma función, y la vieja que creyó que no pudiendo su amo dormir en aquella cama tan dura perdería la paciencia y la regañaría, se saboreaba ya pensando en la recompensa prometida.

Efectivamente, aquella tarde Agapito la llamó, y haciéndola sentarse á su lado la dijo con tono grave:

—Gertrudis, hace treinta años que me sirves con el mayor celo: no es extraño que tus fuerzas se vayan disminuyendo, y te cueste trabajo hacer mi cama; sin duda por eso hace tres noches que no se ha movido. No importa, hija mía, no te incomodes, ni te tomes

esta fatiga, porque ya me voy acostumbrando,

Gertrudis se echó llorando á los piés de su amo, y exclamó:

—Qué bueno sois, señor, y yo tan culpable!

Entonces le confesó la mala partida que habian intentado hacerle.

El sábio se sonrió: tendió la mano á Gertrudis, la ayudó á levantarse, y la dejó confusa de tanta indulgencia.

Desengañados los amigos de Agapito, concibieron mas aprecio y respeto hácia el filósofo, pero no pudieron de ninguna manera hacer admitir á Gertrudis la mas pequeña espresion.

Para reparar su falta fué desde aquel dia mas fiel que nunca á su bondadoso amo, estudiando sus deseos para satisfacerlos al punto, y si alguna vez las penas de la vida aflijian momentáneamente á Agapito, á lo menos estaba seguro de poder olvidarlas por la noche en su bien mullida cama, hecha cuidadosamente por su buena vieja Gertrudis.



PLUTARCO DE LOS NIÑOS.

EDAD MEDIA.

EDU BEITHAR.

Este sábio médico y botánico, á quien vulgarmente llamaban los árabes Al-beithar, nació en Málaga por los años de 1187, y murió en la misma ciudad en 1248, habiendo enriquecido la ciencia con mas de dos mil simples que antes no se conocian, y creando un ramo de curar que los árabes llamaron *albeitharia*, y nosotros albeitería ó veterinaria. El extranjero Tournefort ha eclipsado lo gloria del malagueño, aprovechándose de sus escritos.

EDU ALUARA.

Abu Zacarías, llamado tambien como queda dicho, fué un filósofo y escritor sevillano, que floreció en el siglo XII, y que es tenido por uno de lo padres de la botánica. De su grande obra titulada *Tesoro de Agricultura*, solo existe la primera parte.

DON ALONSO EL SABIO.

Treinta y dos años contaba cuando la muerte de su padre le llamó al trono de Castilla en 1252, y ya por sus virtudes y altos hechos era digno hijo de San Fernando. Notable principio fué de su reinado rendirle vasallaje el rey de Grana-

da Aboabdil-Aben-Hazar, cuando hacia el propósito de llevar una cruzada al Africa, y con bodas, paces y arreglos, poner á Castilla desembarazada y sobre sí. Desde entonces, con efecto, pudo consagrar su atencion á interiores cuidados, como la reforma de la legislación, el progreso de las ciencias, el buen orden del gobierno, la terminacion del código de *Las Siete Partidas*, comenzado por su padre, el mejoramiento de las escuelas ó universidades, muy en particular la de Salamanca, cuyas prerrogativas y derechos igualó el Papa á las de Bolonia, Roma y París, y por último, la composicion, que él hizo por sí mismo, con ayuda de algunos sábios árabes, de las famosas *Tablas Alfonsinas*.—Viéndose en tan alto puesto, que era el príncipe mas renombrado de Europa, aspiró al imperio de Alemania que se hallaba vacante, y que por derecho de familia le correspondia, cosa en que merece justísima censura, pues las guerras de los moros reclamaban todo el valor y todo el dinero de nuestros reyes. Así fué, que al anuncio de su viaje á Alemania, no solo alzó la morisma su mal quebrantada frente, sino tambien la guerra civil, tanto que fueron menester nueva predicacion de cruzada por Clemente IV, y transacciones vergonzosas con los nobles de Castilla. Acaso deba asimismo culparse á esta ambicion de la temprana muerte del infante Don Fernando de la Cerda, que tantas venturas prometia al reino, y que en cambio le dió tantas desdichas, ocasionando amagos de guerras, que se sintieron por la parte de Francia, y de Aragon, y la re-

belion de D. Sancho, segundo hijo de D. Alonso (despues Sancho el Bravo).; Triste error, que tan caro lo pagaba rey tan noble! Ello fué que desde aquel punto no gozó reposo, que se aposentó la discordia en su familia, y que rebeldada media España, vióse en la triste necesidad de hacer armas contra su propio hijo, en cuya ocasion le sorprendió la muerte, á 21 de Abril de 1284.—Ademas de las prendas indicadas, tuvo grande amor á la poesia, cultivóla con notable acierto, mandó reunir en coleccion las cántigas castellanas y gallegas, y se le atribuyen algunos libros de historia, que entre los doctos son muy apreciados.

GUZMAN EL BUENO.

Por los años de 1255 ó 56 nació en Castilla el famoso infanzon D. Alonso Perez de Guzman, modelo de virtudes y de amor pátrio, que en 1294 defendia la ciudad de Tarifa por el rey Don Sancho el Bravo, contra el moro Aben Jacob. El perverso infante D. Juan, hermano de D. Sancho, vino en ayuda del moro, trayendo consigo á un niño de diez años, que su padre, Alonso Perez, le encomendára poco antes para llevarlo á Portugal, y con la esperanza de que le rindiese á Tarifa amenazó de muerte al niño bajo el muro; pero su padre testigo heroico de tan tremenda escena, arrojóle su propio puñal, sacrificando á su hijo en aras de la patria. Fué muerto Guzman el Bueno en 1309 por los moros en tierras de Gibraltar.

MODESTO INFANTE.

BASES DE LA PUBLICACION.

Este periódico se publica por entregas, repartiéndose cuatro al mes, y acompañando á cada una, cuando no lleve grabados en el testo, una lámina litografiada, entre las que se dará en cada estacion un figurin de Modas para niño. Cada mes se repartirá ademas otra enciclopédica de doble tamaño.

Las suscripciones principian desde 1.º de Abril.

Los números de los seis primeros meses formarán un lindo tomo, para cuya encuadernacion se repartirá un índice, con su cubierta en papel de color.

PRECIO DE SUSCRICION.

En Madrid 3 rs. al mes: 8 rs. trimestre: 15 medio año.

En Provincias 12 rs. trimestre: 20 medio año.

Con las láminas enciclopédicas ó grabados de Labores. — Un real mas al mes respectivamente.

A las señoras Directoras de Colegios, ó maestras de niñas, que lo deseen se les enviará en lugar de lámina enciclopédica un pliego de dibujos de bordados y otras labores.

Los señores Directores de Colegio, ó maestros de instruccion primaria, que pidan cuatro suscripciones recibirán gratis la suya.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID. En la *Administracion del Periódico*, calle de las Huertas, núm. 42; Pelegrini, Caballero de Gracia, núm. 8; Librerías de Cuesta, calle Mayor; Bailli-Balliere, calle del Príncipe; Perez, calle de Carretas; *La Publicidad*, Pasaje de Mateu; L. Lopez, calle del Carmen, núm. 29, y Duran, calle de la Victoria; Sanchez Rubio, calle del Prado; Dochao, calle de Jacometrezo.

EN PROVINCIAS. En las principales Librerías y Administraciones de Correos, ó directamente remitiendo el importe en libranzas sobre Correos ó otras de fácil cobro, en carta franca con sobre al Editor del Periódico ó en sellos en carta certificada.